

una parte el corto número de gente con que contaba para la dilatada campaña que iba a emprender en un país desconocido, y no deseando por otra hacer más víctimas que las muy indispensable para presentar a los descontentos un ejemplar escarmiento, se limitó a castigar únicamente a aquellos individuos, haciendo ahorcar a los dos primeros, cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbría, y dar doscientos azotes a cada uno de los marineros Peñates, quedando solo sin sufrir la pena que merecía el clérigo Juan Díaz, por respeto a su carácter. Al firmar Cortés esta sentencia, cuenta Bernal Díaz que dijo con mucho sentimiento: "¡Oh quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres!"

Terminada con esta triste escena aquella conjuración, dispuso Cortés marchar a Cempoala con el resto de su pequeño ejército, habiendo hecho que Pedro de Alvarado fuese antes con doscientos hombres a recoger algunas provisiones de boca en los pueblos de las cercanías, con la orden de pasar luego a reunirse en aquella población. Para la guarnición de la nueva villa de Veracruz, dejó Cortés cincuenta hombres a las órdenes de Juan de Escalante, a quien no dudó confiar el mando de este punto tan importante, así por tener repetidas pruebas de su sincera adhesión, como porque siendo enemigo declarado de Diego Velázquez, estaba seguro de que se opondría firmemente a cualquier ataque que aquél pretendiese dar allí durante su ausencia de la costa.

En este viaje a Cempoala, llevaba ya Cortés la resolución de marchar hacia la capital del imperio de Motecuzoma; pero antes de internarse en un país completamente desconocido, donde le esperaban fatigas y peligros que no podría superar si no contaba con una decisión a toda prueba de parte de sus tropas, determinó dar un paso que, a la vez que impidiera entre los descontentos todo nuevo proyecto de evasión como el que acababa de sofocar, imprimiese en el ánimo de sus soldados la idea de que en la empresa en que se encontraban ya comprometidos no

había otra alternativa que la de vencer o morir. Este paso era el de destruir las navés en que habían venido de la isla de Cuba, para que desapareciendo éstas, desapareciese también con ellas toda esperanza entre sus tropas de hacer una retirada. Para la ejecución de este pensamiento, no queriendo Cortés llevar sobre sí únicamente la responsabilidad de las consecuencias que pudiera ocasionar tal paso, por el gran disgusto que causaría en una parte de su gente, luego que llegó a Cempoala comunicó su plan a los principales capitanes del ejército, los cuales le manifestaron desde luego su aprobación. Además, para presentar a los ojos de los soldados aquel hecho, no como un acto espontáneo de su voluntad, sino como una exigencia inevitable, hizo que algunos de los pilotos diesen un informe manifestando que los bajeles estaban de tal manera maltratados por los fuertes vientos con que habían tenido que luchar en aquellos mares, y por la bruma que había carcomido los cascos hasta el extremo de que no solamente estaban inutilizados para navegar, sino que no podrían conservarse flotantes por mucho tiempo.

Asegurado ya de este modo Cortés con la aprobación de sus principales capitanes y el dictamen de los pilotos, dió la orden a Juan de Escalante en la Villa Rica, para que con excepción de una de las navés y las lanchas que servían para la pesca, echase a pique las restantes, haciendo sacar previamente de ellas las anclas, velamen, cordaje y todo cuanto pudiese ser útil para otros objetos. Esta orden, ejecutada sin demora, puso a Cortés en gran peligro de ser víctima de su mismo ejército, pues los descontentos y los pusilánimes atemorizados al verse ya sin retirada en un país enemigo, difundían el espanto y la consternación entre sus camaradas, diciendo que su jefe los engañaba y que no quería más que "entregarlos como ovejas al matadero".

Para acallar estas voces, que aunque impotentes para impedir la ejecución de un hecho ya consumado, podían tal vez producir una rebelión cuyos resultados serían muy funestos para todos en aquellos momentos, procuró Cortés tranquilizar el ánimo de sus

soldados, con cuyo objeto los convocó a una reunión y les demostró con buenas palabras que no debían ver como una desgracia la pérdida de los buques, porque además de estar ya completamente inutilizados para la navegación, para nada los necesitaban en el caso de que un éxito feliz coronase su empresa, y que aun en el evento contrario tampoco les serían útiles porque internados ya a gran distancia de la costa, era muy probable que pereciesen todos antes de llegar a ella; que por esta razón, lejos de amedrentarse por la falta de medios para verificar una retirada, que sería su ruina, debían poner toda su confianza en su propio valor, sin dudar un momento del triunfo, y por último, que considerasen que en la destrucción de los bajeles, él era quien había hecho el mayor sacrificio, supuesto que una gran parte de ellos era de su propiedad particular, terminando su discurso con decirles que no creía "que ninguno sería tan cobarde y tan pusilánime que quisiera estimar su vida más que la suya, ni de tan débil corazón que dudase de ir con él a México donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno a hacerlo así, podía irse bendito de Dios a Cuba en el navío que había dejado, seguro de que antes de mucho se arrepentiría y pelaría las barbas viendo la buena ventura que esperaba le sucedería".

Con este razonamiento y otros semejantes que emplearon con los soldados los amigos de Cortés que habían estado de acuerdo con él en dar aquel paso, el mayor entusiasmo sucedió al pavor que poco antes reinaba, y los gritos repetidos de ¡A México! ¡A México! llenaron instantáneamente los aires, mezclados con los juramentos de no volver a pensar jamás en abandonar a su jefe.

Este hecho de la destrucción de las naves que acabo de referir, hecho de que apenas se encuentra otro ejemplo igual en la historia, es sin duda alguna el que ha dado mayor celebridad a Don Fernando Cortés en la conquista de México; y en verdad que con sobrada razón, porque si bien es cierto que aquel paso debe

considerarse como una consecuencia necesaria de su primera resolución, supuesto que el que quiere el fin ha de querer forzosamente los medios, no es menos cierto que su ejecución, a la vez que demuestra un valor y una energía de carácter nada comunes, demuestra también la inteligencia con que el futuro conquistador de la Nueva España supo comprender cuáles eran los únicos medios que debía adoptar para salvarse de la crítica situación en que se había colocado. Cortés no podía en efecto esperar el buen éxito de su arrojada empresa sino contando previamente con que cada uno de sus soldados fuese un héroe, no ya sólo en el valor para triunfar en los combates, pues esto no era lo más difícil, atendidas las inmensas ventajas de los españoles sobre los indios en el arte de la guerra, sino también en la constancia y sufrimiento que se necesitaban para sobrellevar todas las fatigas y privaciones que debían sufrir en medio de un país desconocido, y es claro que esto no era posible alcanzarlo de otra manera que destruyendo en ellos toda esperanza de salvarse por medio de una retirada. Por esta razón, puede muy bien asegurarse que el hecho de destruir las naves, fué un paso el más decisivo para la gloria de Cortés y para la ruina del imperio de Motecuzoma. Si no lo hubiese dado, es muy probable que Cortés, viendo a cada instante en peligro su empresa, por el espíritu de deserción que reinaba en una parte de sus tropas, se habría visto acaso obligado a abandonarla; pero una vez dado ya, una vez obtenida la aprobación general de su ejército, debían desaparecer, como desaparecieron, todas las dudas y temores, fijándose desde aquel momento todas las probabilidades en su favor. "Así fué, dice Mr. Robertson, como por un esfuerzo de magnanimidad, que no tiene ejemplo en la historia, quinientos hombres convinieron voluntariamente en encerrarse en un país enemigo, lleno de naciones poderosas y desconocidas, cerrados todos los caminos a la fuga, y sin otro recurso que su valor y su perseverancia".

Calmado ya el descontento que produjo en una parte de las

tropas la noticia de la pérdida de los bajeles, de la manera que acabamos de ver, y cuando hechos ya todos los preparativos necesarios, se disponía Cortés a emprender su marcha hacia el interior del país, vino todavía un nuevo acontecimiento a demorarla por algunos días. Este acontecimiento fué el de haberse presentado en la costa de Veracruz cuatro buques, que según el aviso de Juan de Escalante, debían ser sospechosos, porque a pesar de las señales que se les hicieron cuando se presentaron a la vista para que entrasen al puerto, habían ido a anclar a una gran distancia de él. Luego que recibió Cortés este aviso en Cempoala, se dirigió a la Villa Rica con cuatro soldados de caballería y cincuenta infantes, dejando el mando de su ejército a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval, pues aunque Escalante le decía que iría él a reconocer aquellos buques, Cortés recordando el antiguo adagio español que dice "**cabra coja no tenga siesta**", y temeroso de que fuese alguna nueva expedición enviada por el gobernador de Cuba, quiso ir a hacer por sí mismo el reconocimiento.

Pronto pudo convencerse de que aquella pequeña armada no era lo que él temía, pues caminando en la misma noche por la playa hacia al rumbo del norte en busca de los recién llegados bajeles, encontró cuatro españoles que habían desembarcado de ellos, quienes le informaron ser éstos enviados por Francisco de Garay, gobernador entonces de la isla de Jamaica, con el objeto de tomar posesión de aquella parte de la costa, que el gobierno español, sin conocimiento de su configuración ni de su extensión, decía que le había cedido. Estas noticias a la vez que tranquilizaron a Cortés acerca de las sospechas que había concebido respecto de aquellos buques, le hicieron formar el proyecto de atraerse por medio de un ardid toda la gente que en ellos venía, con cuyo objeto, después de asegurarse de los cuatro hombres, que había encontrado en la playa, uno de los cuales era el notario de la armada, hizo que diesen sus vestidos a cuatro de los suyos, para que éstos llamaran a los que quedaron

en las embarcaciones, permaneciendo Cortés entretanto oculto con su gente en un lugar inmediato para sorprenderlos luego que estuviesen en tierra; pero aunque logró por esta estratagema que viniera a la costa un bote con alguna gente, apenas habían desembarcado dos hombres cuando conocieron los demás el engaño y se retiraron a bordo de los buques, los cuales no tardaron en desaparecer de la vista.

Así es que, conformándose Cortés con haber aumentado sus fuerzas con aquellos seis españoles, volvió inmediatamente a reunirse a su ejército en Cempoala, y encontrando allí todo listo ya para su marcha al interior, emprendió por fin ésta el día 16 de agosto de 1519, al frente de cuatrocientos infantes, quince caballos y siete piezas de artillería, acompañados de algunos *tamanes* o indios de carga para tirar los cañones y conducir los bagajes, de algunos centenares de guerreros totonacos, y de cuarenta indios principales de aquellas comarcas, los cuales le fueron de grande utilidad en su marcha, por los conocimientos prácticos que tenían del terreno y de los pueblos por donde debía transitar.

Aquí concluye la narración de los hechos que tuvieron lugar en las playas de Veracruz antes de procederse ya formalmente por Don Fernando Cortés a la conquista de México. Todos cuantos conocen la historia de este acontecimiento tan importante en los anales americanos, saben muy bien que el conquistador siguió en su marcha el camino que atravesaba la República de Tlaxcala o Tlaxcalan (tierra de los sembrados), por haberle informado los cempoaltecas que sus habitantes eran enemigos de los mexicanos; que después de sostener contra ellos algunas sangrientas batallas que dieron por resultado su alianza a los españoles, se dirigió a Cholula y de allí a México; y que aunque hizo su primera entrada pacíficamente en esta capital el día 8 de noviembre de 1519, se vió luego obligado a abandonarla violentamente en la noche del 30 de junio del siguiente año, que es conocida en la historia con el nombre de la

noche triste por las grandes pérdidas que sufrieron los españoles en aquella retirada, no tomando definitivamente posesión de ella hasta el 13 de agosto de 1521; más siendo ajeno de esta obra el describir los pormenores de aquella memorable campaña, debo ya perder de vista a Cortés y su ejército en su marcha al interior del país, para seguir ocupándome únicamente de lo que me propuse por objeto en estos apuntes, que es la relación de los sucesos ocurridos en la ciudad de Veracruz y sus inmediaciones.

Al separarse Cortés de la Villa Rica, dejó encargado muy particularmente a Juan de Escalante que procurase conservar la amistad y alianza de los totonacos, no solamente guardándoles las consideraciones debidas a un pueblo ya sometido a su poder, sino sosteniéndolos en caso necesario contra cualquier otro pueblo que intentara hostilizarlos. No pasó mucho tiempo sin hacerse efectiva y de una manera bastante sensible por parte de los españoles esta obligación, pues el señor de la ciudad de Nautla o Nauhltan, llamado **Quauhpopoca**, obediendo las órdenes que había recibido de Motecuzoma para obligar a los totonacos a pagar los tributos luego que se retirasen de la costa los recién llegados extranjeros, y auxiliado por un ejército de mexicanos, hizo algunas correrías por los pueblos de aquéllos, causándoles grandes estragos; y aunque Escalante, a quien los totonacos pidieron auxilio, mandó una embajada a aquél cacique reconviniéndole por sus excesos y amenazándolo de ir a castigarlo si continuaba en ellos, parece que el jefe indio vió con desprecio sus amenazas, lo cual le obligó a dirigirse al frente de un numeroso ejército de totonacos con sus cincuenta soldados y dos cañones hacia Nautla, en cuyas cercanías, después de una reñida batalla con los mexicanos, fueron derrotados los totonacos y los españoles, perdiendo éstos seis o siete soldados y el mismo Escalante, que murió tres días después a consecuencia de las heridas que allí recibió.

Esta victoria costó después muy cara al señor de Nautla;

porque Cortés, luego que entró en México, exigió de Motecuzoma que hiciera venir a su presencia a Quauhpopoca y a los principales indios que habían tomado parte en aquella acción, y habiendo accedido a ello el emperador, se presentó a los pocos días el desgraciado cacique, acompañado de su hijo y de otros quince indios nobles, todos los cuales fueron quemados vivos por orden de Cortés en una hoguera que al efecto se colocó frente al palacio imperial. ¡Matanza horrible que el conquistador quiso ofrecer en holocausto a los manes de sus compañeros de armas, y ejecución tanto más injusta cuanto que el único crimen de aquéllos infelices indios era el de haber triunfado obedeciendo las órdenes de su soberano!

Para el mando de la villa de Veracruz, que quedó vacante por la muerte de Juan de Escalante, nombró Cortés a Alonso de Grado; pero habiendo sabido después que éste abrigaba algunas miras en favor de Diego Velázquez, fué reemplazado por Gonzalo de Sandoval, a quien dió la orden de remitirle preso a aquél a México como lo verificó.

Este cuidado que ponía Cortés en que la guarnición de la Villa Rica estuviese siempre a las órdenes de una persona enteramente adherida a su causa, fundábase principalmente en la convicción que tenía de que en el caso de que Diego Velázquez determinase enviar algunas fuerzas en su persecución había de dirigirlas necesariamente a aquel punto, y muy pronto vino un hecho a demostrar la exactitud de su previsión. Como hemos visto ya en otro lugar, el gobernador de Cuba tuvo noticia de todo lo hecho por Cortés en estos países por uno de los marineros que se escapó de la nave que conducía a España a los procuradores de Veracruz cuando arribó a la costa de aquella isla, y que aunque quiso apresar dicha nave, no le fué posible conseguirlo. Fácil es comprender el profundo disgusto que esto causaría en el ánimo del ofendido gobernador. Durante los cinco meses que habían pasado desde que se alejó Cortés de las costas de Cuba, Diego Velázquez, ignorando completamente el

paradero de su escuadra, y esperando que de un día a otro regresaría, si no toda, al menós una parte de ella, se mantuvo en expectativa, sino tomar ninguna otra determinación; mas tan luego como supo que Cortés, despreciando sus instrucciones, había establecido una población con su propio ejército y alcanzado de ésta un título de autoridad independiente de la suya, y que resuelto ya a internarse en el país y conquistarlo por su cuenta a nombre de su soberano, enviaba a éste dos embajadores con los tesoros recogidos en el mismo país, desentendiéndose de él absolutamente, su indignación llegó al colmo, y no pensó ya desde entónces sino en los medios de vengar un acto de rebelión que, a la vez que ofendía altamente su orgullo, le arrebatava las inmensas riquezas que en su concepto le pertenecían.

Con este fin, se ocupó sin descanso en reunir el mayor número de tropas que le fué posible para enviarlas contra Cortés, procediendo en todo con tal actividad, que en el mes de febrero de 1520 estuvo ya pronta para darse a la vela una flota de diecinueve bajeles de diversos portes, con novecientos hombres de todas armas, gran número de cañones y las municiones y pertrechos necesarios para la guerra, habiendo nombrado para el mando de ella a un hidalgo llamado Pánfilo Narvaez, hombre que por su carácter cruel y por haber sido uno de sus más fieles compañeros desde la conquista de Cuba, le pareció el más a propósito para jefe de aquella expedición.

Mientras que Velázquez hacía todos estos grandes preparativos para castigar ejemplarmente la defección de Cortés y recobrar la dirección de la empresa que éste le había arrebatado, la Real Audiencia que residía en la isla de Santo Domingo, informada ya de todo cuanto pasaba, envió a Cuba a uno de sus miembros, el Lic. Lucas Vázquez de Ayllon, con el objeto de impedir la marcha de aquella expedición que, provocando una guerra imprudente entre los mismos españoles, podría acaso estorbar la conquista de estos países, cuyas riquezas podían ya muy bien calcularse por los valiosos presentes enviados a Es-

paña; pero todo fué en vano, pues Diego Velázquez, apoyado en los títulos que últimamente había recibido de su soberano, y contando siempre con el apoyo del obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias, insistió en llevar adelante su resolución, en vista de lo cual el licenciado Ayllon determinó marchar con la misma expedición, a fin de evitar con su presencia cualquier escándalo que pudiese perjudicar los intereses de la corona de España.

Aquella escuadra, la mayor de cuantas habían surcado hasta entónces los mares de América, si se exceptúa la que condujo al comendador Ovando a la isla Española en 1502, se desprendió de las costas de Cuba a principios de marzo de 1520 y después de sufrir una fuerte tormenta en la que pereció uno de los buques menores, ancló con el resto frente a San Juan de Ulúa el 23 de abril siguiente. Al llegar allí, tuvo Narvaez la fortuna de que se le unieran tres soldados del ejército de Cortés, de los que éste había mandado a reconocer la costa hacia la desembocadura del río Coatzacoalco, y por ellos supo todos los pormenores que necesitaba acerca del punto en que se hallaba aquél, del descontento que existía siempre en una parte de sus fuerzas, y por último, de la corta guarnición que a las órdenes de Gonzalo de Sandoval se hallaba en la Villa Rica de Veracruz. Con tales informes, procedió Narvaez a hacer su desembarco en el mismo sitio en que un año antes lo había hecho Cortés, y no dudando que la débil fuerza que había en Veracruz cedería a la menor insinuación de su parte, determinó enviar a Sandoval una embajada compuesta del clérigo Guevara, de un escribano y tres testigos, intimándole la rendición de aquel punto; pero antes de esto creyó conveniente deshacerse del Lic. Ayllon, porque insistiendo éste siempre en su pacífico proyecto de impedir todo choque entre sus tropas y las de Cortés, no podía considerarlo sino como un molesto consejero que a cada paso había de procurar destruir sus planes, por lo cual dispuso que uno de los buques lo condujese inmediatamente a la isla de Cuba.